

Libros

12

SMORGASBORD

ÁLVARO DELGADO-GAL
ARTE Y POLÍTICA

Gertrude Stein es autora de un libro que ha leído mucha gente -*La autobiografía de Alice B. Toklas*- y de algún otro que no ha leído casi nadie. Pero está en el canon, junto a los grandes, en la línea de tiro de profesores y académicos. El resultado es que cada vez vamos sabiendo más cosas sobre su vida, algunas no demasiado agradables. Se conocía ya que, durante la Guerra, había fijado su residencia en la zona de Vichy, y que su condición de judía no excitó el celo de los nazis ni de los funcionarios de Pétain. Se ignoraba, sin embargo, que hubiese sido hitleriana furibunda.

No creo que, en promedio, los hombres de letras, a lo largo de los treinta y primeros cuarenta, se hayan distinguido por su adhesión a la democracia. Céline, Pound, Bernard Shaw, Pirandello, Heidegger, demuestran que esa conexión no es automática. Esto admitido, y esto constatado, es lícito expresar cierto estupor. No solo Gertrude Stein manifestó simpatía hacia un hombre que la hubiese enviado sin pestañear a la cámara de gas, sino que se consideraba a sí misma, y de hecho lo fue, una escritora experimental. Se salió de los géneros, vulneró la sintaxis y, en algún sentido, creyó en la libertad.

Licencias bohemias

Ahora bien, ¿en qué clase de libertad? ¿En la libertad de expresión artística, con exclusión de la política? Conviene señalar también que fue homosexual notoria en una época en que la heterodoxia amoratoria se castigaba, y por lo tanto, se escondía. ¿Estimó que la libertad es escindible, y que las licencias bohemias pueden coexistir con formas totalitarias de gobierno?

Estas preguntas son, quizá, demasiado ambiciosas. En la mayor parte de los casos, las tonterías del artista tienen la misma causa que las de un mancebo de botica o un pasante de notarias: la dedicación al trabajo estorba que el escritor o el plástico dispongan de tiempo para pensar seriamente en los asuntos generales. Rige lo mismo para el filólogo, el físico o, incluso, el

profesor de ética. Por eso no tenía razón Borges cuando afirmaba que la democracia es una superstición estadística. Es posible que lo sea, pero una muestra que se nutriera de excelentes escritores no daría mayor rendimiento que una compuesta por menestrales. El propio Borges es un buen ejemplo. Sobre el mundo moderno, sobre el parlamento, sobre los gobiernos, no acertó a emitir una sola especie inteligente. Estas cosas se le escaparon por entero, como se le escaparon las mujeres.

Don de la elocuencia

No existe, en fin, una factoría central del espíritu desde la que se ejercen, con aprovechamiento, todas las facultades. Cada uno es listo en una cosa, y si lo es en dos o tres, merece que lo apunten en el Guinness. Otra cosa, claro, es que se posea el don de la elocuencia, y se gorjeen ineptias vulgares con el lujo sinfónico de un ruiseñor. Jean-Paul Sartre menudeó bobadas asombrosas en un francés que provoca envidia. Pero su pensamiento moral es histriónico y pobre. En una democracia limitada en que se hiciera el censo tomando en consideración la responsabilidad política y no la renta, ni él ni Borges habrían tenido derecho al voto.

Una observación final. El talento en arte predispone, si acaso, a la mala política. Cabría resumir esta conclusión pesimista diciendo que la política, cuando es buena, es, también, esencialmente fea. Lo propio de la política es conciliar posturas heterogéneas, divergentes. La política es bricolaje, compostura, amalgama, conglobación.

La fealdad de la política, consecuencia de la diversidad de los intereses humanos, ocupa un polo opuesto a la belleza de la obra de arte, en la que el creador se ha proyectado íntegramente y gracias a la cual, en una segunda vuelta, puede sentirse también pleno, también realizado, el gustador de arte. El arte sublima la experiencia diaria. La política sirve para no tirarse los trastos a la cabeza. Cuando los dos planos se confunden, adiós, muy buenas.



«Mi 11-S no lo revelaría en una entrevista»

Conmovedora, irónica, así es «Algún día este dolor te será útil», de Peter Cameron (Libros del Asteroide). Una novela luminosa a pesar de su terrible trasfondo: los atentados del 11-S

El mundo en el que vivimos no está hecho para James Sveck -aunque quién sabe, quizá sea al revés-. Si todo sale según lo previsto, en otoño irá a la Uni-

versidad de Brown. Pero James cruza los dedos y espera que nada salga según lo previsto: pasar cuatro años en la universidad le parece una pérdida de tiempo. Ojalá pudiera abandonar Nueva York, comprar una casa en el campo -en

Indiana, en Kansas, en Dakota del Sur o por ahí- y dedicarse a leer, leer y leer.

Él es el eje de *Algún día este dolor te será útil*, de Peter Cameron (Libros del Asteroide). Una pequeña gran novela, divertida, conmove-

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US: 1 877 980 4040 Intern: 000 6364 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



PETER CAMERON
(a la izquierda) asegura en esta entrevista que la idea de su novela (arriba) surgió al escribir la primera frase: «El día que mi hermana Gillian decidió pronunciar su nombre con jota...»

dora, que -lo confieso desde ya- devoré en un solo día y cuyos ingredientes son una madre que acaba de dejar plantado a su tercer marido durante su luna de miel en Las Vegas; un padre que cree que comer pasta como plato principal no es propio de hombres -heterosexuales, se entiende-; una hermana liada con un profesor casado que responde al nombre de Rainer Maria (Schultz, no Rilke); una abuela que empieza a olvidarlo todo; un perro, *Miró*, al que solo le falta hablar; varias experiencias traumáticas -entre ellas, los atentados del 11-S- y las visitas semanales de James al consultorio de la psiquiatra Rowena Adler, donde se practica el tira y afloja y la esgrima verbal.

El protagonista de «Algún día este dolor te será útil» detesta relacionarse con gente de su edad, a la que evita y con la que piensa que no tiene nada en común. ¿Cómo definiría a James Sveck?

Pienso en James como en un solitario. Le gusta estar a solas y le basta con su propia compañía. La gente suele sospechar de quienes son



socialmente autosuficientes, así que suelen ser considerados como perdedores o inadaptados, pero no creo que él sea ninguna de esas dos cosas.

Más que leer lo que James nos cuenta, parece que le estamos oyendo hablar.

Me gusta escribir en primera persona porque crea una intimidad entre el narrador y el lector. Pienso que leer una novela es un acto de colaboración, y que cada lector lee el libro de manera diferente, porque cómo lo interpretan

TESTIGO DEL HORROR
El joven protagonista de «Algún día este dolor te será útil» asiste, a pocas calles de distancia, a la caída de las Torres Gemelas (sobre estas líneas)

depende de quiénes sean. Hay gente que ha pensado que el libro era supuestamente un diario que James estaba escribiendo,

pero yo pretendía que la voz fuera más oral y que los lectores pensarán que James les hablaba directamente a ellos. «Soy anarquista, detesto la política», dice James. ¿Cree que el desinterés de los jóvenes por la política es un signo de nuestro tiempo?

Odio la expresión «signo de nuestro tiempo». No me interesa lo que sea típico. Como novelista, me interesa lo que hace a las personas diferentes, lo que las hace únicas, no lo que tienen en común. Y no creo que haya nadie que pueda ser considerado un signo de nuestro tiempo. Eso sería negarles su individualidad. Me interesa lo que distingue a la gente, no lo que la hace similar.

Nueva York, donde vive James, ha pasado de ser «un fresco y verde pecho del nuevo mundo», como dijo Francis Scott Fitzgerald, a ser, según el narrador, «la sucia entrepierna marrón que es ahora». ¿Tanto ha cambiado la ciudad?

La ciudad cambia constantemente y seguirá cambiando. Es una de las cosas mejores y más enloquecedoras de Nueva York. Cosas que amabas desaparecen, nada es permanente. Eso es en parte lo que hace de Nueva York un lugar tan vivo y excitante, porque es la propia ciudad la que se mueve. Y claro, durante los últimos quinientos años la isla de Manhattan ha sido completamente transformada y reinventada.

James estudiaba en el colegio Stuyvesant, muy cerca de las Torres Gemelas, cuando se produjeron los atentados del 11-S, pero prefiere no hablar de aquel día.

James no habla de muchas cosas. No le gusta averiguar qué piensa y siente a través del lenguaje, es una persona con mucha vida interior. Y como su reacción al 11-S es compleja y aterradora, no quiere ni tiene necesidad de mencionar aquello. Pero no es cierto que jamás hable de ello: le cuenta cosas importantes sobre ese día a Rowena Adler, su terapeuta.

¿Y Peter Cameron, dónde estaba el 11-S? ¿Cómo vivió

aquellos momentos?

Escribo ficción porque no quiero escribir sobre mí o sobre mi vida. Lo que quiero revelar de mí mismo

lo hago a través de los personajes que creo. Mis vivencias del 11-S son personales, no algo que revelaría en una entrevista.

A James no le gusta la expresión «Zona Cero». ¿Y a usted? Lo único que importa es lo que piensa James.

El título de la novela es el lema de un campamento de verano: «Sé paciente y resiste: algún día este dolor te será útil».

La vida está formada por muchas cosas y el sufrimiento es una de ellas, una parte que creo que puede ser útil y valiosa. Sufrir nos puede hacer más tolerantes y sensibles, más sabios.

¿Cicatrizará algún día la herida del 11-S?

Espero que la Tierra continúe existiendo durante los próximos mil años y que las heridas se olviden, aunque no cicatricen.

A pesar de las referencias al 11-S, la de «Algún día este dolor te será útil» es una historia divertida, luminosa. ¿Cómo surgió la idea de escribirla?

El libro llegó a mí de una manera rara. Tenía problemas mientras buscaba ideas para un libro nuevo, así que decidí escribir solo una frase, una frase que pudiera ser la primera frase de un libro. Así que escribí: «El día que mi hermana Gillian decidió pronunciar su nombre con jota...» Y la novela surgió de esa única frase.

Los miembros de la familia de James hablan más con el perro que entre ellos. Más que una familia disfuncional, parecen una familia normal, ¿no cree?

Por desgracia, opino lo mismo de lo normal que de lo típico. Cualquier manera de clasificar a las personas -o a las familias- de esa manera me parece que las reduce, que les niega su individualidad, que es lo que más me interesa como escritor de ficción. Si fuera sociólogo sería diferente, pero suspendí la única asignatura de sociología que estudié en la universidad.

ANTONIO FONTANA